

saben morir, no se aterrorizan. El general Martínez Anido es de esos. Apenas el gobernador estudió el terreno, publicó un bando ejemplar: "por cada guardia civil que me maten, fusilaré dos cabecillas anarquistas". El pueblo que ama la claridad, que prefiere la verdad, que respeta la energía, miró las cosas con una luz distinta: vió que el guardia civil, agente de la autoridad, era una fortaleza ambulante, lo vió grande, lo vió franco, se restregó los ojos y volvió como antes a obedecerle y respetarle. Los asesinatos de policiales se acabaron.

Pero el general Martínez Anido no es general de pantomima. Detuvo a 36 dirigentes anarquistas, y a plena luz, por las calles más céntricas, los llevó al muelle en automóviles blindados y los embarcó en un buque de guerra con destino a un presidio militar.

Desde entonces en Barcelona hay paz, y el puñal homicida que respeta al gobernador, va a Madrid a buscar el pecho blando de Dato, que era débil para los desordenados.

Esta es la razón por la cual los terroristas barceloneses declaran ahora innecesarios sus procedimientos.

Cada hombre en su puesto

"Se haría un gran servicio al hombre moderno — dice Maurras,—cuando se le hubiera librado de la obsesión y del prurito, ambos artificiales, ambos sugeridos, y que comienzan a debilitarse, que lo hacen ambicionar de estar arriba más que abajo, de marchar a la cabeza más que en segunda fila, de ser jefes más que subalternos. No, no; no es siempre una felicidad ser capitán ni una desgracia ser soldado. La diferencia de rangos, es sólo diversidad de responsabilidades; ni la dicha ni la dignidad consisten en el rango político. Tendría que haber en el mundo un solo puesto y un solo honor para que todos lo ocuparan".

Un polemista católico inglés, gran escritor, con estilo claro e incisivo, Chettestorn, se ha atrevido a hacer el elogio de la humildad, y las páginas que sobre esta rara virtud o vicio trazó, son admiradas y admirables. Hoy día parece, según él, una locura o una degeneración, elogiar cualquiera virtud teologal. Después de haberse exaltado el culto del Yo, con mayúscula; después de haberse confundido la educación de la iniciativa y del valor, y aún de la audacia, con la insolencia y la soberbia del individuo, debe parecer bien raro hablar con admiración de la humildad. El hombre que juzga al pescado, lo compadece infinitamente porque no tiene dos piernas y dos brazos; pero ignora lo que es el criterio del pez y la idea que tendrá de sus aletas y agallas. El sabio ignora qué dragones inverosímiles serán esos pequeños insectos que viven en los altos bosques de los Gramíneas.

Hace poco, un amigo obrero que entiende medianamente el arte de la tonelería, me hablaba de sus ideas sobre la felicidad del mundo. Había dejado de hacer toneles y quería hacer proyectos de ley para mejorar la economía y hacer más livianas las tareas del trabajo. Pensé, sin querer, en una de las páginas de Chettestorn, cuando dice:

"En una obra muy divertida que me era familiar cuando niño, se establecía que un punto no tiene ni partes ni dimensiones. La humildad es el arte magnífico de reducirnos nosotros mismos a un punto, no a una cosa pequeña ni grande, sino a una cosa que no tiene dimensión y que encuentra que todas las cosas cósmicas son realmente incommensurables."

La brutal, la loca, la afebrada exaltación del individuo rompe toda disciplina social. El tonelero quiere ser legislador, el estudiante rector, el tinterillo diputado y el diputado ministro. Nadie sigue el camino que la vida le trazó, dejando a los demás el suyo.

Anarquía arriba y abajo.

Esta es, pues, la anarquía general. Nada tiene forma y todo se escapa de la lógica como de una tiranía. El Presidente, educado en este régimen de la exaltación del yo, rompe el primero las normas. Quiere aplicar un sistema propio. Le sigue Cordeiro en Melipilla; los imitan los estucadores invitando a la guerra social con el estandarte de la I. W. W. Los conservadores jóvenes creen que hay que romper también el molde inmutable de la jerarquía y del deber, y corren la cabalgata de la multitud. Se trata de ganar una carrera, y no de cimentar la piedra angular de una nación. Se solivianta a las clases del Ejército. Los millona-

lona, Harding en Estados Unidos, el Sumo Pontífice en Roma.

Los conservadores — que se creían tales y no lo eran—deben saber que el cardenal Gibbons, americano de Baltimore, ha declarado, el año 1899, que la iglesia no es democrática. No era necesario decirlo en una institución en que su jefe es elegido por toda la vida y por pocos hombres que no son creados por el voto popular. Pero conviene que ese príncipe eclesiástico, formado en el turbillón de la gran democracia, aparezca proclamar do la fuente eterna de la conservación: la jerarquía.

En su encíclica "Vehementer nos", el Sumo Pontífice Pío X dice: "La Escritura nos enseña y la tradición de los Padres nos lo confirma, que la Iglesia es el cuerpo místico de Cristo, cuerpo regido por pastores y doctores, que tienen plenos y perfectos poderes para gobernar, para enseñar y para juzgar."

No vemos, pues, cómo sea posible que elementos católicos hablen de constitución democrática de la Iglesia o de organización socialista de la sociedad cristiana.

Aunque sí: es el fenómeno del egoísmo y de la soberbia. El gobernante quiere ser árbitro; el joven conservador quiere gozar del aura popular; el hacendado avaro quiere que su candidato pague el voto de sus inquilinos; y el soldado quiere ser jefe.

J. Díaz Garcés.

NOTAS POLITICAS Y SOCIALES

"Barcelona, 15.—Comunican que en una reunión celebrada por trescientos jefes del sindicalismo, se resolvió concluir con los procedimientos terroristas por considerárselos innecesarios. Corren rumores de que se pretende llegar a una conciliación".

"Si hay algo establecido, es la necesidad del jefe en toda agrupación humana. La autoridad mantiene la libertad; la muchedumbre va sin saber cómo a la dictadura. No quiere jefe y tiene un mayoral".—(Ruy Barbosa).

En medio de la anarquía general que sufren las sociedades poco educadas o desorientadas o decaídas—que importa para el caso lo mismo,—hay que colocar cada pieza en el sitio que le fijó el inventor y respetó el fabricante, para ver si la máquina puede marchar de nuevo, después de la mudanza, de la interrupción o del accidente.

Vamos a verlo. ¿Por qué los señores anarquistas de Barcelona han encontrado innecesario (¡hermosa palabra!) el terror, gracias al cual dominaron? Porque hace pocos meses, el Rey designó para gobernador militar de esa plaza a un hombre. Pues bien, los hombres, cuando